



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 1.— BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1914



Los preliminares de la Guerra

El Tzar y Mr. Poincaré visitando las fuerzas que rindieron honores al desembarcar en Rusia el Presidente de la República francesa

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Al estallar en febrero de 1904 la guerra entre Rusia y Japón, emprendimos la publicación de una Revista, titulada **La guerra ruso-japonesa**, de la que se agotaron varias ediciones; en estos mismos momentos tenemos que hacer una reimpresión para servir recientes pedidos.

Transcurrieron años, y en octubre de 1912 publicamos **La guerra de Oriente**, dedicada a la campaña de los Estados balcánicos contra Turquía. El éxito más lisonjero coronó también esta segunda vez nuestros esfuerzos.

Al iniciarse el conflicto en Europa nos hemos creído obligados a dedicarle una publicación especial, cuyo primer número es el presente; a ello nos han estimulado, por si no bastase lo que entendemos nuestro deber, las numerosas personas que fueron lectoras asiduas de las Revistas anteriores.

Poseyendo más y mejores elementos de información, contando con más corresponsales, principalmente en Alemania y Francia, y aleccionados por la experiencia adquirida, esperamos con confianza que **La guerra europea** superará a sus hermanas de 1904 y 1912.

A las personas que no conozcan nuestras publicaciones anteriores, nos permitiremos dirigirles una advertencia. No esperen leer en estas columnas noticias sensacionales que transmite el telégrafo un día para desmentirlas el siguiente; no crean que vamos a rivalizar en rapidez de información con la prensa de fama mundial; no imaginen que pretendemos ser los únicos depositarios de la verdad. Nuestros propósitos son más modestos, pero más útiles: anhelamos decir la verdad, al público, sea cual fuere esta verdad, sobre los acontecimientos de las guerras entre las potencias europeas, estudiándolas en su aspecto **militar, político, financiero e internacional**, y ser los primeros que la presenten despojada de las alteraciones y atenuaciones con que las encubren y disfrazan las naciones interesadas. Ello sólo puede conseguirse mediante el concurso de especialistas que sigan con atención hace muchos años los preparativos que para este sangriento choque vienen realizándose con una perseverancia ejemplar; y claro que la posesión de datos, generalmente desconocidos, es el primer elemento para adivinar la verdad a través de los ropajes que la encubren, así como para deducir cuál es el curso que van a tomar los sucesos. Del éxito de estos propósitos responden **La guerra ruso-japonesa** y **La guerra de Oriente**.

En el plan de la presente publicación figurarán: una crónica militar, otra internacional, la transcripción de los partes oficiales y de los documentos diplomáticos, la descripción de todas las batallas, artículos y noticias que puedan contribuir a dar exacta idea de lo que acontece, y resúmenes periódicos para poder seguir sin molestia la marcha de las operaciones; todo ello acompañado por numerosos y exactos mapas de los diferentes teatros de la guerra, fotografías de escenas militares, de barcos, de material de guerra, retratos de generales, soberanos y personajes, campos de batalla, etc.

La guerra europea tendrá una ventaja, que no escapará seguramente a nuestros lectores, sobre las historias de las campañas que se publiquen más adelante, aparte de ser la primera en describirla: la de reflejar exactamente la verdad y dar a quien la lea la impresión, en todo tiempo, de que sigue el desarrollo de sucesos que se están aún realizando, que todavía tienen lugar: porque escrita en los instantes mismos en que la emoción de los combates conmueve los corazones, latirá en ella un fuego y resplandecerá una vida de que carecen las historias de sucesos ya pasados; y reflejará mejor la verdad, porque sabido es que, *a posteriori*, se aderezan y componen los hechos, procurando el vencedor dar más lustre y gloria a sus victorias y atenuar el vencido sus derrotas.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Motivos de la guerra.—Preliminar.—Guerra de nacionalidades.—Guerra de intereses económicos.—El error de Alemania.—Rusia.—La Gran Bretaña.—Italia.—Las naciones neutrales.—América y Asia.—Los horrores de la guerra.—Final apocalíptico.

Preliminar

Desde que el mundo existe, jamás ha tenido lugar una hecatombe como la que en estos momentos está conmoviendo a toda Europa. No sólo la inmensa muchedumbre de los ejércitos—diez millones de hombres—que van a destrozarse mutuamente, sino la paralización casi completa de la agricultura, del comercio, de la industria y del tráfico en todos los países alcanzados por la conflagración, dan a esta guerra unos caracteres desconocidos hasta el presente. Es la muerte temporal de los pueblos, la crisis que va a suspender por más o menos tiempo su existencia, y la hoguera de la que van a resurgir más poderosos los favorecidos por la fortuna, pero en la que se consumirán los aplastados por la derrota.

¿Cuáles han sido las causas, los motivos verdaderos de la guerra?

Ni los odios o rivalidades seculares, ni la ambición de unos o de otros, ni la torpeza o el afán de engrandecimiento de algunos, se cuentan para nada.

Ahora, *a posteriori*, cuando los hechos se imponen con su realidad brutal, surgen por todas partes los falsos profetas, que aseguran habían vaticinado la guerra; pero es lo cierto que muy pocos fueron los que la vieron llegar, y menos aun los que afirmaron

rotundamente que, esta vez, el mal era irremediable. Ello debióse al poco interés que concedemos a la política internacional, y a reflejar nuestra prensa los puntos de vista de la prensa francesa, parcial y egoísta como ninguna otra.

El 14 de abril de 1913, en la revista «La Guerra de Oriente», afirmamos nosotros que la guerra era inevitable; y al despedirnos, el 17 de mayo, de los lectores de aquella publicación, insistimos de nuevo. Estamos, pues, autorizados para creer que los motivos del conflicto son los que estuvimos señalando desde octubre de 1912 a mayo de 1913; tan claros y evidentes son, que bastará los resumamos para llevar el convencimiento al ánimo de nuestros lectores.

Las causas de la guerra son de dos órdenes: el de las nacionalidades y el de los intereses económicos.

Guerra de nacionalidades

Arranca de la llamada «cuestión de Oriente», problema que está sin resolver hace cuatro siglos.

La irrupción de los turcos en Europa, su avance hasta Hungría, sojuzgando y dominando los pueblos que se oponían a su paso; la concentración o definitivo deslinde de la raza eslava en los confines de Rusia Europea; y, finalmente, las guerras de reconquis-

ta e independencia, reacción europea contra Turquía, dieron por resultado: la mezcla de germanos, cheques, húngaros, eslavos, israelitas y musulmanes en el área donde se detuvieron las armas turcas; más tarde, al alzarse los oprimidos contra el invasor y derrotarle, después de sangrientas y empeñadas luchas, se formaron pequeños núcleos de pueblos cristianos que, contentándose al principio con una rudimentaria autonomía, acabaron por ver reconocida su independencia; interviniendo casi simultáneamente en estos conflictos, Rusia, por un lado, y Alemania (léase Austria), por otro, se llegó al cabo a la formación de Serbia, Montenegro, Rumanía y Bulgaria; a la consolidación de Grecia; a la desaparición de Polonia; a la formación de Alemania, primero bajo la hegemonía austriaca, y luego bajo la de Prusia; mientras Hungría, que tan brillante y principal papel desempeñara durante tres siglos, descendía a ocupar un puesto secundario con respecto a su confederada, Austria.

En tanto no se trató más que de sacudir el yugo musulmán, el sentimiento cristiano se antepuso a todos los demás en los pueblos que guerreaban contra los turcos; mas como en ellos estaban revueltas y confundidas las nacionalidades y las razas, apenas consiguieron constituirse políticamente se inició en su seno la lucha por el predominio de una de ellas.

Esa misma mescolanza, que fué la causa de que no se empeñara una guerra general contra los turcos —al revés de lo que aconteció en España contra los árabes—, ha dado origen posteriormente a que, siguiendo la ley tan humana como histórica, tiendan a constituirse las grandes nacionalidades, que son tres: germanos, eslavos y húngaros, con los pequeños núcleos griego y rumano, de ascendencia latina.

El imperio austro-húngaro, conglomerado artificioso de latinos—en las fronteras italianas—germanos, en el norte y centro; húngaros, en el oriente, y eslavos—subdivididos en multitud de ramas—en el S. E., se encuentra hace muchos años en una situación inestable, por el deseo que tiene cada uno de los tres pueblos de alcanzar o la supremacía o el gobierno propio. El poderío de Alemania ha robustecido a los austriacos propiamente dichos, germanos; los húngaros, siempre celosos de su independencia, aun no han hallado, después de tantos alzamientos, una posición cómoda: estrechados entre los germanos y los eslavos, han tenido que aplazar la realización de sus más íntimos deseos, y prefieren caer del lado de Austria antes que del de su enemigo secular, Rusia; pero los eslavos, tan abundantes en la Croacia, Dalmacia, Bosnia y Herzegovina, ansían romper las cadenas que los mantienen sujetos al imperio y constituir o entrar a formar parte de una nueva y grande nación eslava.

Cada éxito, cada triunfo, de Bulgaria, Serbia o Rumanía es un incentivo a los deseos de los eslavos de Austria-Hungría, y, por consiguiente, un peligro de que se deshaga y quiebre en mil pedazos aquel vasto imperio.

Trató Austria de anticiparse a estas eventualidades anexionándose las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina antes de que cayeran en la esfera de atracción de Serbia, pero los resultados de la guerra de Oriente han malogrado sus planes.

Evidentes eran los peligros que el choque entre

los aliados y Turquía, en 1912, engendraría para la paz de Europa. El triunfo de Turquía haría intervenir a Rusia, que no podría consentir fueran amenazadas nuevamente sus fronteras y destruidos sus hermanos de religión y de raza; acaso la misma Austria tampoco tolerara la vecindad peligrosa de los envanecidos musulmanes; y ni Italia, ni Inglaterra vieran impasibles cómo, con la derrota de Grecia, cayera en manos de los turcos todo el Mediterráneo oriental. En cambio, el triunfo de los aliados a expensas de Turquía, tendría como consecuencia inmediata el fortalecimiento y engrandecimiento de los pequeños reinos eslavos, que si apoyado con entusiasmo por Rusia, se traduciría para Austria en el germen del alzamiento de sus provincias eslavas. Y por eso no se necesitaba poseer el don de la profecía, para vaticinar que la guerra de Oriente tendría como hijuela obligada la conflagración europea. Porque Alemania no miraría impasible la desmembración de su aliada Austria y el aumento de poderío, directo o indirecto, de Rusia; y al desenvainar el acero Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, ni Italia, seguirán con el arma al brazo.

Derrotada Turquía, el choque entre los aliados todavía dió alguna esperanza a Austria de que se conjuraran, o aplazaran cuando menos, sus temores, toda vez que si Bulgaria resultaba triunfante, la derrota de Serbia se traduciría en el aquietamiento de las provincias eslavas de aquel Imperio. No se turbó, pues, por el momento, la paz europea, y las cancillerías aguardaron el término de aquella segunda guerra. Humillada Bulgaria, Austria, harta ya de esperar, se dispuso a intervenir por su cuenta y tomar medidas que asegurasen la tranquilidad interior; pero, a instancias de la diplomacia británica, se intentó un último esfuerzo: se constituiría al S. de Serbia, un nuevo reino, Albania, cuyo cetro empuñaría un príncipe alemán, para acallar los recelos austriacos, reino que serviría de contrapeso al engrandecimiento de Serbia y que, prácticamente, estaría bajo la tutela austro-italiana. Conocido y reciente es el aborto de esos planes, elaborados en las cancillerías sin tener en cuenta la realidad de las cosas, ni los intereses de los pueblos: apenas desembarcado el príncipe de Wied, Albania, instigada por los serbios, se alzó en armas, y la anarquía cundió en todo el país. Al mismo tiempo, a los esfuerzos que hacía Austria para mantener y conservar las prerrogativas de orden religioso que venía disfrutando en los territorios anexionados por Serbia, respondió ésta fomentando el espíritu de independencia de los eslavos sometidos a Austria, y encaminó sus maquinaciones a irse preparando por la Herzegovina y Bosnia, la salida al mar que se le había negado por Albania.

Transcurrido el invierno de 1913-14, época impropia para comenzar una guerra en el centro de Europa, la guerra vino envuelta con las primeras brisas cálidas de mayo; sólo era menester un hecho cualquiera que conmoviera a la opinión pública de Austria o Serbia, para que se produjera la chispa; los asesinatos de Sarajevo encendieron la mecha, y el barril de materias inflamables, acumuladas por Europa durante cuarenta años, acaba de estallar.

Tal es, y no otro, el origen inmediato de la guerra, cuya causa se resume en las siguientes palabras: germanos contra eslavos.

Tiene razón Austria para obrar como lo ha hecho, toda vez que está en el ineludible y sagrado deber de conservar a cualquier precio la integridad de su territorio: la separación de las provincias eslavas llevaría consigo la de Hungría, acometida al punto por Rusia, y la del Véneto; más o menos pronto, Austria, propiamente dicha, no sería más que un nuevo Estado de la Confederación o Imperio alemán.

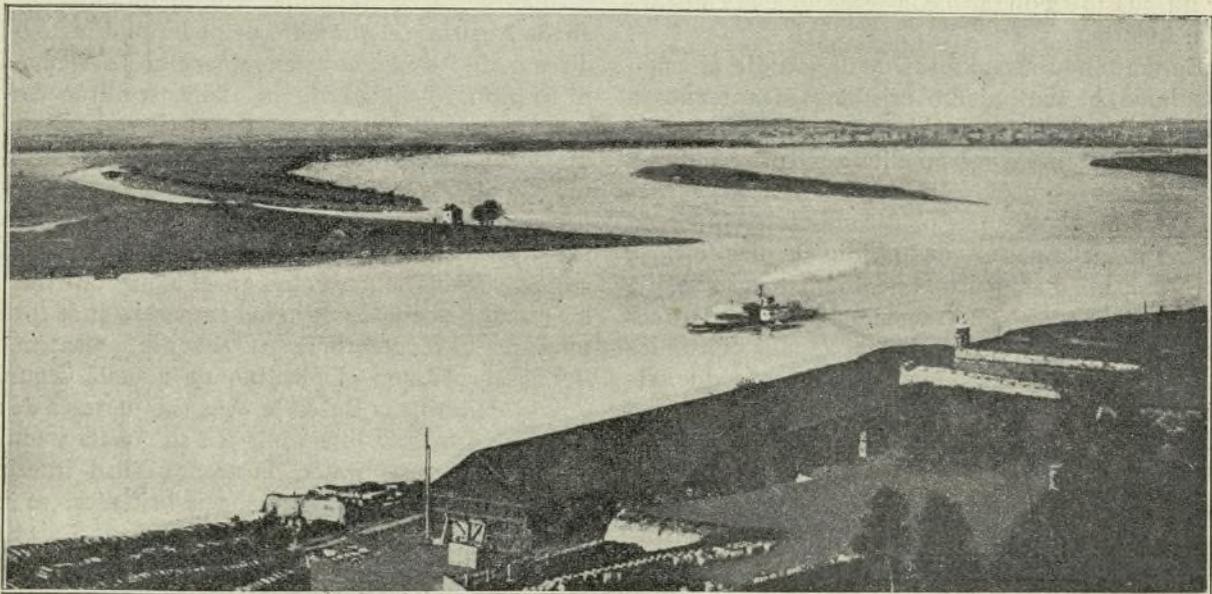
Y tiene razón Serbia en procurar la reconstitución de la nacionalidad eslava que durante cuatro siglos ha luchado contra opresores musulmanes y cristianos, turcos y húngaros, germanos y latinos.

No está, por consiguiente, reservado a los humanos el fallar sobre la justicia con que han procedido unos y otros, ni atribuir la razón a un bando determinado. Únicamente Dios puede apreciar tan graves cuestiones.

ner de grandes recursos, cada día mayores, y estos recursos siguen obstinadamente en poder de Francia, que es el cajero de Europa. Ha bastado, por lo tanto, que Francia se prepare de un modo resuelto para la guerra, para que se cerniera sobre Alemania el espectro espantable del fin irremediable de su poderío comercial.

O se resigna Alemania a volver a la posición secundaria de hace cincuenta años, o afirma definitivamente la que ahora ocupa, mediante una guerra victoriosa contra Francia. Es el caso, modificado por los adelantos de los tiempos, de aquellas guerras en que se iba en busca del botín, y en las que los pueblos ricos eran víctimas de los pueblos pobres y guerreros.

Lo subida al poder de Mr. Poincaré señala el término de aquella larga serie de vacilaciones y miedos que hacían temblar y retroceder a la República fran-



El Danubio, la ciudadela de Belgrado en el primer término y al fondo la población austriaca de Semlin

Guerra de intereses económicos

La industria y el comercio alemanes han alcanzado en los últimos treinta años un desarrollo prodigioso. Merced al espíritu de asociación, a una organización ejemplar, y al sentimiento de disciplina, que impera en todas las clases sociales, la industria alemana ha derrotado a la inglesa y a la francesa, y su comercio marcha a pasos agigantados a la conquista del primer lugar.

Pero ese progreso, el hermoso edificio alzado por el trabajo y la unión de un gran pueblo, carece de base sólida: el país no es rico, y económicamente depende de los demás; su banca está al arbitrio de los franceses, y el día que éstos quieran se vendrá abajo el aparente poderío económico de los alemanes. Por temor a una guerra, bajo la amenaza de los formidables ejércitos y escuadras del Kaiser, Francia se ha abstenido hasta ahora de mover los resortes económicos que podían arruinar a su rival; y si ésta ha ido sosteniendo y mejorando trabajosamente su situación, como para ello le ha sido menester aumentar prodigiosamente sus gastos militares, ha acabado por encontrarse en un callejón sin salida: su situación en el mundo de los negocios le obliga a dispo-

cesa ante un gesto airado del Kaiser. Se acabaron las humillaciones de Tanger y Agadir, la aquiescencia a los menores deseos de Alemania. Así como ésta necesita dinero para sostener a su comercio, industria y ejército, Francia ha acabado por comprender, que necesita un buen ejército para conservar su riqueza. Esa ha sido la primera y única preocupación de Poincaré, hombre de Estado de positivos méritos. La reorganización y el aumento del ejército francés estarán terminados el año próximo, de suerte que cada mes que transcurre es más fuerte, militarmente, Francia y menos probable la victoria de los alemanes; para aumentar los factores de éxito, sería necesario que Alemania hiciese un nuevo sacrificio y robusteciera aun más sus elementos marciales, pero como los recursos económicos del Imperio tocan a su fin, es natural que antes de agotarlos y perecer miserablemente, se arriesgue a los azares de la guerra.

¿Quién tiene razón, Francia o Alemania? Ambas la poseen en igual grado, porque las dos velan por el mantenimiento de su situación internacional, pero hay que reconocer que, en el fondo, el Kaiser ha sido más pacifista que los políticos franceses, porque podía haber aprovechado varias ocasiones para



El general Joffre, jefe del Estado Mayor General del Ejército francés

derrotar casi seguramente a Francia, y las dejó pasar contentándose con ventajas de más relumbrón que valor práctico.

El error de Alemania

El gran error de Alemania fué la conducta que siguió con Rusia cuando la guerra de Manchuria. En aquella ocasión, los enemigos más encarnizados de los rusos, los verdaderos causantes de la victoria del Japón, fueron los ingleses. La misma Francia cesó de prestar su apoyo a los rusos, negándoles auxilios que la Gran Bretaña derramaba pródigamente sobre el Japón. Si entonces Alemania se hubiera puesto resueltamente al lado de Rusia, acaso se debilitara o destruyera la alianza—a la sazón no bien establecida—franco-rusa, se imposibilitara la inverosímil inteligencia anglo-rusa, y, sobre todo y aunque no se lograran esos objetivos, se hubiese afirmado la expansión rusa sobre Asia y el extremo Oriente; y San Petersburgo, abandonando sus sueños ambiciosos en Europa, sería ahora una potencia eminentemente asiática, que es lo que impone la lógica y conviene a la civilización del mundo. No tendría ahora Rusia concentrado casi todo su ejército en Europa, y, contando con su amistad, podría Alemania vencer más fácilmente a Francia, lo cual quiere decir que no habría estallado la presente guerra, porque ni Alemania tuviera necesidad de efectuar tantos preparativos militares, ni Francia pudiera contrarrestar por sí sola el empuje de los ejércitos alemanes.

En vez de observar esa conducta, toda la prensa alemana, sin excepción, mostró su hostilidad a Rusia, celebró como triunfos propios los de los japoneses, y no perdonó palabra, pretexto y ocasión, para zaherir y humillar a sus vecinos. Este agravio, inferido de pueblo a pueblo, no pudo ser neutralizado por la actitud correcta, más que amistosa, del go-

bierno de Berlin. Hay que reconocer que ese estado de hostilidad apenas existía antes de 1904, y que desde esa fecha ninguna de las dos cancillerías se ha preocupado seriamente de ponerle término. Existe, pues, una rivalidad marcada entre Alemania y Rusia, despreciativa por parte de aquella, de despecho y celos del lado de la segunda. Esa rivalidad, que con un poco de empeño de los gobiernos, o no se habría suscitado o se borraría fácilmente, caso de haber nacido, es incomparablemente menos seria que la existente entre Alemania y Francia y entre Rusia y Austria; se la podría definir en pocas palabras, diciendo que se fundamenta en un motivo de amor propio, más que en el antagonismo de intereses.

La Gran Bretaña

En la guerra que comienza, es la nación que tiene más despejado el horizonte. Necesitando, tanto como Alemania o acaso más aun, el apoyo financiero de Francia, tuvo la habilidad de atraerse a esta Potencia para coadyuvar a la ruina comercial de Alemania; y poniéndose al lado de Rusia, ha avivado en San Petersburgo los apetitos europeos, disuadiendo a los rusos de sus miras sobre Asia, con lo cual queda a los ingleses amplio y despejado su porvenir asiático.

Su acción en la guerra, más aparente que efectiva, será sin embargo de grandísima utilidad para los franceses, que no hubiesen podido aventurarse a luchar contra Alemania de no tener aseguradas las costas y las posesiones que tiene en Africa, América y Asia, por las flotas británicas; algo parecido acontecerá con respecto a Rusia, de modo que Inglaterra en esta ocasión como en todas, arriesgando lo menos, podrá conseguir lo más, pues no cabe duda que se hará pagar a buen precio sus servicios. El peligro más grave que corre está en el Mediterráneo, cuyo equilibrio podría quedar roto en favor de la triple alianza si ésta obtuviese la victoria.

Rusia

Rusia, que tanta paciencia había demostrado hasta aquí y que se había humillado repetidamen-



Lord Roberts, generalísimo del ejército británico

te, ha sido ahora la causa directa—puesto que la mediata y lejana ya la hemos expuesto—de que estallase la guerra. Difícil es adivinar si la visita de Poincaré al Tzar ha motivado o no este cambio de actitud. Lo que sí cabe afirmar es que iguales pretextos tuvo Rusia para sostener a Serbia después de la primera y aun de la segunda guerra balcánicas que en esta ocasión. A nuestro juicio, Rusia ha sido empujada por sus aliadas y espera verse secundada, no sabemos si con fundamento, por los Estados Balcánicos. Otras ocasiones se le han presentado más favorables que la presente y las ha dejado pasar. Excluida Italia, Rusia ha sido en la gestación del presente conflicto la que ha observado una conducta más difícil de explicar. Después de los mil incidentes de las guerras de Oriente, en los que tanta mansedumbre demostró San Petersburgo, no está justificado que sea ahora el Tzar quien desencadene la guerra Europea. ¡Misterios que tal vez no lleguen jamás a desentrañarse!

Italia

Aunque no en situación tan privilegiada como Inglaterra, no deja por eso de ser envidiable la de Italia. Mientras no desaparezca la flota alemana, nada ha de temer por sus costas ni posesiones mediterráneas. Tampoco ha de preocuparse gran cosa, desde el punto de vista territorial, del triunfo de los franceses, y en cambio puede asentar sólidamente su planta en Albania, tener en sus manos el Mediterráneo oriental, recobrar el Véneto y aumentar sus posesiones del Norte de Africa, si la sonríe el éxito. No será su apoyo de gran valor intrínseco, pero sí interesantísimo para Alemania; y es de presumir que si lo otorga, como parece probable, hará lo mismo que Inglaterra: exponer poco y cobrar mucho.

Su interés, le inclina del lado de la triple alianza; aliándose con Francia, no podría aspirar más que a recuperar la provincia italiana sometida a Austria, pero su preponderancia marítima en el Mediterráneo disminuiría en lugar de robustecerse, en caso de vencer los franceses; mientras que el triunfo austro-alemán tendría para ella, probablemente, la misma ventaja de extenderse hasta Trieste, y además ganaría la hegemonía en el Mediterráneo central y oriental. Lo mismo que Inglaterra, no se apresurara a intervenir.

Las naciones neutrales

Los demás naciones se aprestan a mantener su neutralidad y conservar su independencia, excepto las de la península Balcánica, sobre la que se han desatado otra vez los vientos de tempestad.

Difícil es que Bélgica y Holanda, en particular la primera, logren ver respetado su territorio. Si como consecuencia de la guerra se rompiera brutalmente el equilibrio territorial, es difícil que ambos Estados se salvaran del naufragio. Una suerte igual amenaza a Dinamarca. Más segura es la situación de Suecia, Noruega y Suiza.

Bulgaria, Rumanía y Grecia, y la misma Turquía, procurarán, a no dudarlo, sacar el mejor partido de las disputas entre los grandes, sin perjuicio de que éstos hagan luego una nueva distribución del mapa político de los Balcánes.

Portugal no puede pensar en aventuras; y en cuanto a nosotros, la prudencia nos veda señalar las salpicaduras sangrientas que la contienda europea nos puede arrojar.

América y Asia

Ocupadas las flotas europeas en destrozarse, probable es que el conflicto repercuta en otros continentes. Libre y desembarazada queda la acción de los Estados Unidos sobre Méjico, y acaso sobre otros minúsculos Estados. El Japón no presenciara impasible el reparto de despojos; aunque solo sea para acallar el descontento público, se lanzaría, esta vez sobre seguro, contra las múltiples y fáciles presas que tiene casi al alcance de la mano. Si tal hace, si tropieza o no con Norte América, se creará en aquellos mares un nuevo semillero de conflictos que habra de resolver la generación siguiente.

Los horrores de la guerra

A cualquier lado que se vuelva la vista, se descubre, pues, el mismo cuadro espantable: la barbarie humana, que es la peor de las barbaries, disponiéndose a desatar todos los horrores de la muerte, el incendio, el saqueo, sobre pueblos en los que ayer reinaba la tranquilidad bajo la bienhechora sombra del trabajo. Si la civilización ha humanizado las guerras, en lo que atañe a la conducta individual y colectiva del combatiente, en compensación los estupendos progresos de las ciencias y de la industria han dotado a los ejércitos de los mas refinados y espantosos medios de destrucción. No se saquea ya un domicilio privado, pero se arruina y sume en la miseria a una provincia o a una nación; no se maltrata a un prisionero, pero los prisioneros, a millares, quedan sometidos a un régimen de estrechez incompatible con la dignidad humana; se respeta al herido y se procura que los medios de asistencia lleguen a la misma línea de fuego, pero, a la vez, se inventan máquinas que multipliquen sin límite el numero de muertos; el vencedor, al entrar en un pueblo enemigo, no lleva sus manos, por hambriento que se halle, al pan dorado que se ostenta en el aparador, pero se suspende el trabajo en las fábricas, en los talleres, en el campo, y masas innumerables quedan condenadas a la pobreza y el hambre; cesan las comunicaciones; se oculta y huye el dinero, el más cobarde y el causante de estas desdichas; faltan las subsistencias;... todo se pone al servicio de la muerte.

El progreso de la humanidad lo ha engrandecido todo; por eso ahora las grandes guerras son azotes generales que alcanzan a todos y que hieren con su cruel latigazo lo mismo a los pacíficos que a los turbulentos, a los ricos que a los pobres, a los fuertes que a los débiles, al robusto varón que a la indefensa mujer o al tierno niño.

Final apocalíptico

Mas como si el horror de la guerra fuera poco, las consecuencias que acarreará aún son peores. ¡Desgraciada la nación vencida! El incremento que han tomado las ideas disolventes, la debilitación de los sentimientos religiosos y el desigual reparto, cada día

más acentuado, del dinero, darán inevitablemente un triste resultado en los pueblos derrotados: la revolución interior. El descontento y la soberbia individual se oponen a reconocer que en esas conflagraciones todos tenemos una parte de culpa y que todos somos responsables. Es más cómodo y humano atribuir á los demás, unos pocos, generalmente los mejores, las culpas de la colectividad; y cuando el desastre haya roto los vínculos de la disciplina social, estallará indefectiblemente la revuelta y la anarquía interior, mil veces peor que la misma guerra. ¿Cuáles serán las consecuencias de todo ello? Asusta sólo el tratar de imaginarlo. No nos preocupemos de lo que vendrá después, porque la meditación de lo que va a ocurrir en los campos de batalla quebranta el ánimo

más esforzado y apenas le deja lugar para sumirse en más hondas reflexiones.

Anotemos únicamente la eventualidad, por no llamarla certeza, de la revolución interior y confiemos en que Dios tendrá los pueblos de su mano, para que se restablezca la paz antes de que la victoria de los unos y el vencimiento de los otros sean definitivos.

Abatan su soberbia los que comiencen a verse malparados y tengan caridad sus adversarios, para que no se consuma la ruina de Europa, y pueda ajustarse la paz lo antes posible, sin dar tiempo a que sobrevengan más funestos cataclismos.

F. LARIN.

CRÓNICA MILITAR

I. El secreto militar y la verdad.—II. Movilización y concentración de los ejércitos y flotas beligerantes.—III. Primeros objetivos probables de los beligerantes en los teatros terrestres.—1.º *Frontera francesa*.—2.º *Frontera ruso-alemana*.—3.º *Frontera austro-rusa*.—4.º *Frontera austro-serbia-montenegrina*.—5.º *Frontera franco-italiana*.—6.º *Resumen*.—IV. Primeras operaciones probables en el mar.—V. El valor de los ejércitos beligerantes.

I.—El secreto militar y la verdad

Cuando la guerra de 1904-05 y contrastando con la buena fe e imprevisión de Rusia, el Japón puso en práctica con inusitado rigor el secreto de los preparativos y operaciones militares, divulgando y propagando por todos los medios, al mismo tiempo, cuantas noticias, verdaderas o falsas, pudieran redundar en ventaja para su nación. Esta conducta, que dejó muy atrás a la seguida por los alemanes en 1870-71, fué imitada y perfeccionada por los Estados aliados, en su guerra contra Turquía (1912-13). Bulgaria, en particular, sobre ocultar los movimientos de sus tropas y el desarrollo de las operaciones, cuidó de tener alejados de la línea de batalla los agregados militares extranjeros y los corresponsales de la prensa, a los que facilitaba, en compensación, datos, partes y noticias siempre exagerados y a menudo falsos. Lo poco que se supo de aquella campaña, mientras se reñía, se debió a la observación y despachos transmitidos desde el campo turco, desorganizado en ésto, como en todo.

No tardaron los demás aliados en comprender las ventajas que a los búlgaros habían deparado esas medidas previsoras, que fueron prohijadas por ellos, de suerte, que durante la guerra de Grecia, Montenegro, Serbia y Rumanía contra Bulgaria, apenas se supo nada en el resto de Europa de lo que acontecía en los Balkanes.

Podíase, por consiguiente, colegir que un secreto, todavía más riguroso sería guardado por las naciones interesadas si se desencadenaba un conflicto, ya previsto, entre las grandes Potencias; y anticipándose a las demás, la prensa inglesa tomó la iniciativa, apuntada ya en 1905, para reglamentar la conducta a observar cuando se ventilaran por las armas los intereses nacionales.

Había, no obstante, muchas personas que, fundándose en la facilidad y abundancia de comunicaciones, en los poderosos elementos informativos de la prensa, y en las relaciones comerciales de unos

países con otros, creían y aseguraban que sería imposible mantener reservadas las noticias militares si la guerra se encendía en el centro de Europa.

Los hechos han venido a demostrar, aun antes de la declaración de guerra, lo equivocado de esa creencia. Decretada o en vísperas de decretarse la movilización, cada Estado no es más que un inmenso ejército, y todos los órdenes de la actividad caen bajo la jurisdicción marcial; no hay más que combatientes y auxiliares directos o indirectos, de los combatientes. La agricultura, la industria, el comercio, los ferrocarriles y comunicaciones de todas clases, la prensa; en una palabra, cuanto integra la actividad del país entero, queda adscrito a las necesidades del ejército y se paralizan el trabajo y la vida del país en todo lo que puede menoscabar la acción de las armas.

Así se ha visto cómo ha dejado, súbitamente, de circular el oro, que ha ido a aumentar las reservas de la Hacienda; cómo se han interrumpido las contrataciones bursátiles; como los trenes, activando su movimiento, poco menos que se cerraban al elemento civil; cómo se prohibía la exportación de manufacturas y productos agrícolas y minerales, en la que se fundamenta la riqueza de un pueblo; y cómo y con qué severidad se impedía la circulación de noticias relativas al conflicto, por insignificantes é inocentes que fueran.

No hay que contar, pues, con informaciones procedentes de los teatros de la guerra; ni los mismos agregados militares sabrán lo que ocurre, fuera de lo que se desarrolle a su vista, ni podrán transmitir fuera sus impresiones y observaciones. Únicamente se harán públicos los partes oficiales, y aun éstos con tantas restricciones y vaguedades que no darán idea exacta de los hechos a las personas versadas en asuntos militares.

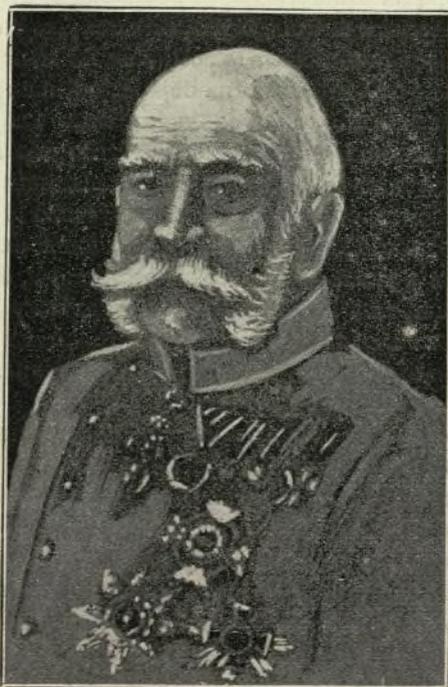
Al lado de esta reserva, y paralelamente a ella, cada Potencia, sobre todo Francia, Italia y la Gran Bretaña, propalará noticias que, ya por exageradas, ya por deficientes, ya por falsas, despistarán a la opinión y la llevarán a formar un juicio torcido de los



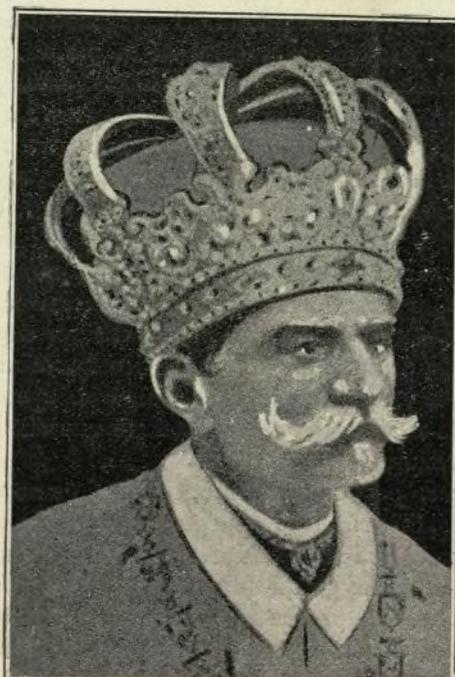
S. M. I. y R. Guillermo II, Emperador de Alemania y Rey de Prusia



S. M. I. y R. Victoria Augusta, Emperatriz de Alemania y Reina de Prusia



S. M. I. y R. Francisco José, Emperador de Austria y Rey de Hungría



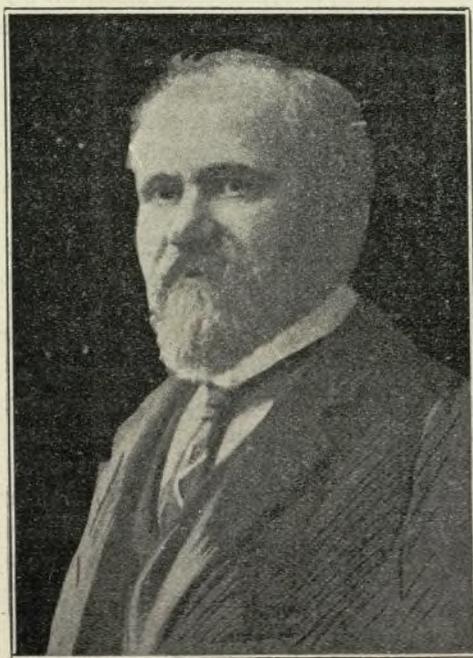
S. M. el Rey Pedro I de Serbia



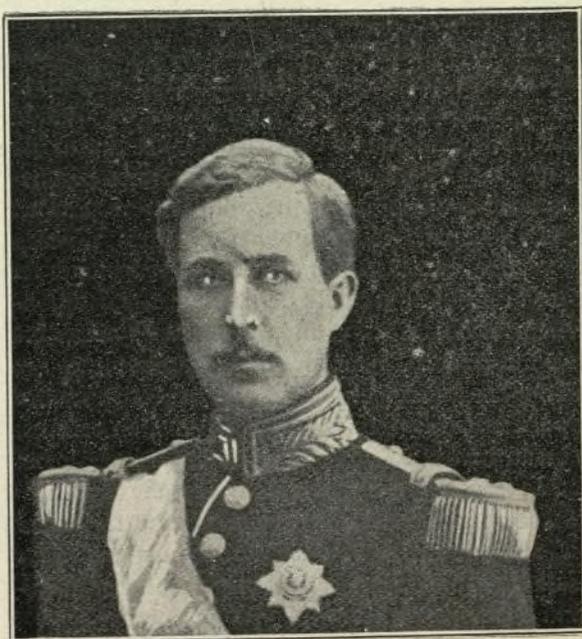
S. M. I. Jorge V, Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y Emperador de la India



S. M. I. y R. Victoria María, Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y Emperatriz de la India



El Presidente de la República francesa,
S. E. Mr. Raimundo Poincaré



S. M. el Rey Alberto de Bélgica

hechos. No hay que censurar este modo de proceder, porque todo lo que pueda redundar en beneficio mediato o inmediato del crédito, del buen espíritu y del entusiasmo de la patria, es digno de loa. Si un ejército derrotado se convence, por la prensa y por la atmósfera que a su alrededor se forme, de que se ha divulgado su derrota, estará a dos pasos de perder su moral y confesarse a sí mismo vencido, y entonces su pérdida tendrá lugar fatalmente; mientras que si a ese mismo ejército se le hace creer que su descalabro formaba parte de un plan previsto, que sus camaradas de otras regiones han alcanzado la victoria y que es segura la derrota del adversario, reaccionará y seguirá luchando con firmeza; porque la esperanza es lo último que pierde el hombre y a ella se aferra, incluso con desesperación, por disparatados, inverosímiles y fugaces que sean los argumentos que se le proporcionen.

No quiere decir, sin embargo, lo que antecede, que vayamos a estar privados de todo conocimiento del teatro de la guerra. Aunque alterados y desfigurados, los grandes hechos se sabrán poco después de acaecidos, pero para discernir su alcance y trascendencia será menester hallarse en posesión previa de datos y antecedentes que requieren estudios especiales. En este concepto entiendo que estas crónicas pueden ser útiles a muchos lectores, porque se les advertirá en ellas la significación e importancia del hecho que se comente, su influencia probable en el desarrollo de las operaciones futuras y la marcha general de las diferentes campañas; en cuanto posea datos suficientes, iré describiendo los combates, cuya relación metódica y ordenada aparecerá en estas columnas, así lo espero, mucho antes que en las del resto de la prensa.

Desde luego me anima un absoluto propósito de imparcialidad y rectitud. He de recordar a este respecto, que en 1904-05 fuí el único que en *La guerra ruso-japonesa* redujo a sus verdaderas causas las victorias japonesas, que la prensa de todo el mundo calificaba invariablemente de aplastantes y decisivas, y señalé las modestas proporciones de los «desastres» rusos. Transcurrieron seis años antes de que la prensa militar alemana compartiera mi punto de vista, que hoy es el aceptado por los mismos japoneses, aunque todavía no se ha abierto libre paso en España y Francia. Recientemente, en 1912-13, rebajé sin vacilar, contrastando con las informaciones de la prensa mundial, el brillo de las llamadas estupendas victorias búlgaras, y antes de los seis meses los hechos me dieron la razón. Estos antecedentes me animan a emprender una labor difícil y árdua sobre toda ponderación. Incurriré, de seguro, en errores, pero serán involuntarios e hijos de la falta de datos; nunca debidos a prejuicios ni a una irreflexiva apreciación de los hechos. Y a medida que la verdad pueda ser entrevista — porque transcurrirán años antes de que se sepa por entero — la conocerán íntegra mis lectores.

Un consejo he de dirigirles: las noticias llegan siempre a España desde Francia o pasando por Francia, lo que es causa de que muchos de nuestros compatriotas compartan inconscientemente, en cuestiones internacionales, el punto de vista francés. Recordaremos a este propósito, entre otros casos, lo que nos refería la prensa francesa a raíz del incidente

de Hull y luego cuando los disturbios que tuvieron lugar en Rusia en 1905; pues bien, a pesar de que aquella prensa decía que tomaba las informaciones de la inglesa y de la rusa, según los casos, de las que parecía copiar extensos párrafos, era muy otro el contenido de los periódicos ingleses y rusos, que yo recibía directamente. ¡Cálculense lo que sucederá ahora en que todas las grandes Potencias están interesadas en el conflicto! Ruego, pues, a mis lectores, desconfíen de las noticias que se reciban del extranjero, singularmente de Francia, y tengan en cuenta que a menudo tarda en saberse la verdad; de lo contrario, padecerán una gran desorientación y les será imposible darse clara cuenta de la marcha de los acontecimientos.

II. — Movilización y concentración de los ejércitos y flotas beligerantes

Los efectivos que en tiempo de paz cuentan los ejércitos, son reforzados, mediante la llamada de los últimos contingentes licenciados o reservistas más modernos, como vulgarmente se les denomina, al entrar en campaña; además, se constituyen los cuerpos de segunda y tercera línea (reserva y ejército territorial, en Francia, y *landwehr* y *landsturm*, en Alemania y Austria), destinados los de segunda a formar parte del ejército de operaciones, y los de tercera a guarnecer las plazas fuertes y defender el interior del país, aunque también pueden ser llamados a operaciones activas. Los actos que lleva aparejados esa llamada de reservistas, hasta su incorporación y encuadramiento en los cuerpos, se llaman *movilización*; teniendo por objeto la *concentración* el agrupamiento de las diferentes unidades en divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos en los puntos más adecuados para emprender la campaña. Necesitándose las vías férreas y ordinarias, lo mismo para la movilización que para la concentración, es un principio universalmente admitido que no comience la segunda hasta haberse terminado la primera. De lo contrario, surgirían confusiones, cruces de convoyes y se encendería el desorden, perdiéndose el tiempo en lugar de ganarlo. Es la aplicación militar de aquel proverbio que dice: «Vístete despacio si quieres ir deprisa.»

En los dos últimos años, Alemania ha abreviado de un modo considerable el período necesario para la movilización, reforzando los efectivos de los cuerpos situados junto a las fronteras francesa y rusa, hasta elevarlos a una cifra muy aproximada a la del pie de guerra; los cuerpos apostados inmediatamente detrás de los primeros, recibieron un efectivo reforzado, y sólo siguieron con los efectivos débiles de paz las unidades de algunos distritos del interior y las de la frontera austriaca. De manera que la movilización alemana, que hace veinte años exigía doce días, se ha ido haciendo más sencilla y rápida, si bien se ignora—por haberse mantenido secreto—el tiempo que ahora se invertirá en ella; pero será, de seguro, extremadamente corto, y puede afirmarse que hoy, 3 de agosto, ha comenzado la concentración.

Lo dicho de Alemania ha de repetirse con respecto a Francia. Los cuerpos de la frontera del E. están en todo momento, desde el año pasado, casi en pie de guerra, teniendo la República apostados en aquel

sector 240.000 hombres, o sea bastante más de la tercera parte de todo el efectivo del tiempo de paz.

Austria y Rusia también contaban con unidades reforzadas, en la zona fronteriza común, pero no en las mismas proporciones que Alemania y Francia. Italia, guardada por la barrera de los Alpes, no había tomado ninguna precaución especial, aunque la masa principal de su ejército se encuentra al N., en el Piamonte y la Lombardía. El ejército inglés no puede parangonarse con ninguno de los anteriores, y por el momento sólo es capaz de desempeñar un papel secundario; antes que la Gran Bretaña acabe la movilización de su ejército y pueda poner algo en orden su incipiente ejército territorial, habrán tenido lugar por lo menos los primeros combates.

En compensación, las flotas británicas del Mediterráneo, del Atlántico y del Imperio (Home fleet o flota de casa) han sido movilizadas instantáneamente y ocupan, desde antes de la declaración de guerra, los lugares previstos de antemano. Toda la flota alemana está también movilizada y agrupada; algo más atrasadas están esas operaciones en Francia e Italia, bastante descuidadas en Rusia, y listas para entrar en fuego las unidades de combate de Austria.

III.—Primeros objetivos probables de los beligerantes en los teatros terrestres

1.º *Frontera francesa.*—Las redes de ferrocarriles y carreteras de Francia y Alemania son muy completas y obedecen a fines estratégicos antes que a los comerciales. Las administraciones militares respectivas han hecho un minucioso estudio de ellas y, con ocasión de las grandes maniobras anuales, las han sometido varias veces a duras pruebas, con resultado satisfactorio. El régimen militar a que se hallan sujetas y el copioso material de tracción y transporte con que cuentan, completan las facilidades para la movilización y concentración, de modo que por esta parte no son de temer entorpecimientos, ni pérdidas de tiempo; todo se desarrollará, horas más, horas menos, conforme se tenía previsto.

Pero una ventaja de veinticuatro, de doce horas, en el comienzo de las operaciones, puede resultar casi decisiva, porque el ejército que primero avance con sus fuerzas reunidas, caerá sobre el otro, o sobre sus cuerpos avanzados, en el momento más crítico para éste: aquel en que los regimientos se hallan en marcha para constituir divisiones y cuerpos de ejército y sin que posean la homogeneidad del conjunto ni puedan maniobrar bajo el impulso de una sola voluntad.

Seguramente, tanto Alemania como Francia saben cuál de las dos es la que estará antes en disposición de abrir la campaña, por lo que es de esperar que la más diligente se concentre cerca de la frontera, y la otra fije más atrás los puntos de reunión. Los indicios son de que Alemania será la invasora en estos primeros momentos, pero también podría acontecer que alguna gruesa masa francesa irrumpiera hacia el Rhin, para perturbar el avance alemán.

A raíz del acuerdo franco-inglés, Inglaterra se comprometió a desembarcar en Bélgica 100.000 hombres, para cubrir la frontera de aquel pequeño reino; todo el ejército francés, concentrado en la corta frontera con Alemania, invadiría este país antes de que

pudiesen llegar al Rhin los contingentes de Prusia, Hesse, Silesia, etc. Como consecuencia de aquel acuerdo, Francia debilitó los contingentes que observaban a Bélgica, y reforzó los del Este. Posteriormente, acaso en virtud de la aproximación germano-holandesa, ha vuelto Francia a robustecer su línea del Norte, aunque sin detrimento de la del Este, lo cual induce a creer que, o no cuenta tanto con el socorro de Inglaterra o teme verse repelida por Bélgica, que está resuelta a mantener su integridad.

No hay otro objetivo en una guerra de esta naturaleza que la destrucción del ejército enemigo; pero si cabe aunarlo con algún otro fin político, claro es que ha de procurarse alcanzarlo así mismo. Para Francia, el objetivo es puramente militar, porque ya no hay nadie que abrigue la creencia de que una acción contra Baviera condujera a apartar a ésta del resto de Alemania. Metz y las plazas de los Vosgos son buenos puntos de apoyo para los alemanes; éstos han dejado de contar con el Rhin, tan seguros se creen de no tener que repararlo, porque hace muy pocos meses fueron desmanteladas algunas plazas de sus orillas. Conviene advertir que los alemanes no fían en la resistencia de Metz, plaza que tiene ante todo, para ellos, la significación de un excelente punto de concentración junto a la frontera. Ha de ser, por lo tanto, fácil a los franceses tropezar con el grueso de su adversario y reñir la fase decisiva de la guerra entre la frontera y el curso medio del Rhin. La invasión sería simultánea, desde Belfort a Bélgica, convergiendo los ejércitos hacia el principal enemigo. Esto si los franceses pueden tomar la iniciativa.

Si son los alemanes quienes invaden, han de buscar la resolución en una batalla en la región del N., que les abra el camino de París. No creo que fraccionen sus tropas, enviando una porción de ellas a los Alpes, porque les basta con que los italianos tengan inmovilizados y en actitud expectante a ciento o ciento cincuenta mil franceses. Una victoria alemana y la marcha sobre París, producirían tal conmoción en la República, que quedaría echada la suerte de la guerra. Tienen los franceses en la frontera alemana una multitud de plazas fuertes; pero son tantas y tan débiles muchas de ellas, que no parece hayan de entorpecer seriamente el avance alemán; los franceses, a su vez, las dejarán entregadas a sus propias fuerzas, y encomendarán la acción decisiva al ejército de operaciones.

En resumen, es de suponer que los dos beligerantes marcharán directamente al encuentro el uno del otro. Y esto, bajo todos los aspectos que se mire, es lo que conviene a Alemania, que no ha de darse tanta prisa para entendérselas con Rusia. En cambio, a Francia le resultaría lo más ventajoso aplazar o demorar la acción decisiva, para dar tiempo a que entraran en línea Rusia y tal vez Inglaterra. Obligados entonces los alemanes a hacer frente a dos adversarios igualmente fuertes, muchas probabilidades de éxito se inclinarían del lado de Francia. Pero esta prudente y salvadora conducta llevaría consigo una defensiva temporal y una retirada momentánea, que atentarían a la moral del soldado francés y pudieran encender disturbios interiores. Por eso es lo más probable que ambos ejércitos avancen al encuentro el uno del otro; únicamente si Francia es la primera en

hallarse lista, cabe el ataque sobre la masa alemana más avanzada, seguido de maniobras de espera.

La neutralidad de Bélgica corre peligro. Si los alemanes toman la delantera, será de temer el paso de un ejército por la región del SE.



General von Hoetzendorf, Jefe del Estado Mayor General del ejército austro-húngaro

2.º *Frontera ruso-alemana.*—El ejército ruso es, por su número, incontrastable; mas su potencia, con ser grandísima, tiene más de aparente que de real. Diseminado en un vastísimo territorio, con pocos y medianos caminos de hierro y ordinarios, los transportes de tropas serán lentos y, aun realizada la concentración, el avance estratégico tropezará con enormes dificultades. Hace dos años, llevaban los alemanes una ventaja de siete días con respecto a los rusos en la concentración; esta ventaja, pese a las precauciones que desde entonces acá ha tomado Rusia, más bien ha aumentado que disminuído. En líneas generales, cuentan los alemanes con veinte días de tiempo para batir a los franceses antes de hallarse en frente del grueso ruso. Ese plazo puede ser mayor todavía si aquellos obtienen un primer éxito—por otra parte, sin alcance sobre el resultado de la



General Kroatin, ministro de la Guerra de Austria-Hungría

campaña—contra los contingentes rusos de frontera (*couverture*) o de cortina, obligando a los moscovitas a llevar más al interior sus zonas de concentración.

De aquí que a los alemanes interese tomar la ofensiva sin pérdida de tiempo, ocupar la Polonia rusa y amenazar la región del litoral, apoyándose al Norte en su escuadra; dándose más tarde la mano por el S. con los austriacos. Conseguido este resultado, a nada conduciría continuar la invasión, porque si Francia era derrotada, Rusia acabaría por ceder, sin arriesgar ningún golpe decisivo. Caso de volver la fortuna la espalda a los alemanes, la irrupción de los rusos y su marcha sobre Berlín precipitaría la paz; pero esta maniobra requiere, casi obligadamente, la victoria previa de los franceses en el teatro occidental.

De esta suerte, las primeras operaciones militares en esta frontera sólo tendrán el carácter de alejar de ella a las masas rusas, por parte de los alemanes, y mantenerse a la expectativa y presentar la suficiente resistencia del lado de los rusos, para que tenga éxito la acción contra Austria. Los alemanes buscarán el choque decisivo si sus adversarios cometen la torpeza de oponerles en los primeros días fuerzas insuficientes, pero lo probable es que ni unos ni otros se empeñen en una lucha a fondo. Para los alemanes, la guerra ha de resolverse en Francia, y para los rusos en la frontera con el imperio austro-húngaro.

3.º *Frontera austro-rusa.*—Es la más interesante para Rusia, porque en ella puede concertarse su acción con la de los serbios y presentarse la intervención de los rumanos. Importa a Rusia tomar la ofensiva para obligar a sus adversarios a dividir las fuerzas y llevar el entusiasmo a los eslavos del Danubio, creando una nueva y no despreciable complicación a Austria. Por el mismo motivo, y teniendo en cuenta que la victoria es el vínculo más fuerte que anuda a los pueblos gobernados por un mismo cetro, le convendría a Austria anticiparse a su rival y llevar la guerra a Rusia. El temor a alzamientos populares, lo montañoso de gran parte de la región, la escasez de buenas comunicaciones en ambos países y lo alejada que se encuentra esta frontera de los grandes centros militares, son otros tantos motivos que hacen presumir que las operaciones importantes en este sector están aun algo lejanas, y que Rusia no las emprenderá en grande escala hasta que haya puesto a su lado a los pequeños reinos de los Balkanes. Verosímilmente, el triunfo rápido o la pronta derrota de Francia, destruyendo a las masas alemanas o dejándolas en libertad de obrar, resolverían la guerra en este teatro. De prolongarse la guerra franco-alemana, la austro-rusa será de larga duración, a menos de alzarse las provincias orientales y del S. E. de la monarquía.

4.º *Frontera austro-serbio-montenegrina.* Prevaleciendo del adelanto de sus preparativos con respecto a los de Rusia, debe Austria aplastar a todo trance a Serbia y Montenegro, antes que los ejércitos rusos se presenten en la frontera. Pero este plan es de difícil realización, porque el ejército serbio está inflamado aun por el entusiasmo de sus recientes victorias, y, aunque más débil numéricamente, es más aguerrido y maniobrero que el austriaco; la topografía del país, con sus nudos montañosos y abundantes ríos, es favorable a la defensiva, de suerte que los austriacos han de tropezar con serios obstáculos antes de reducir a los serbios y montenegrinos. Rumanía, como siempre que se trata de una guerra

en la región del Danubio inferior, desempeñará un papel decisivo en esta campaña secundaria, toda vez que su actitud depende de que Bulgaria se arroje o no contra Serbia y decida la suerte de la guerra. Bien es verdad que tampoco es despreciable el factor



General Putnik, Jefe de Estado Mayor General del Ejército serbio

griego, aunque lo creo más atento al mar que a lo que se desenvuelva al N. de los Balkanes.

Las mayores probabilidades de éxito de la resistencia serbia se han de buscar, no en su ejército, sino en los sentimientos, francamente hostiles a sus dominadores, de los eslavos de Croacia, Bosnia, etc. Los austriacos han de dejar un fuerte ejército de ocupación en esas provincias, y aun así nada tendría de extraño que los manejos y las instigaciones serbias encendieran la revolución, que acarrearía los más amargos frutos al ejército austriaco empeñado contra los serbios.

No es, por consiguiente, muy despejada la situación militar de Austria, pese a su poderío militar comparado con el de Montenegro y Serbia.



General Stefanovitch, ministro de la Guerra de Serbia

5.º *Frontera franco-italiana.*—Un simple cuerpo francés que pisara las llanuras del Pó, alzaría como un solo hombre a toda Italia contra el invasor;

por otra parte, para realizar el paso de los Alpes y el descenso al llano, habría de reunir Francia 200.000 hombres por lo menos, que le pueden ser más útiles opuestos a los alemanes. Francia, apoyándose en los Alpes y utilizando sus excelentes cuerpos de montaña, tratará de entretener a los italianos en tanto se resuelve la guerra en el teatro principal, convencida de que la derrota de Alemania sería la derrota de Italia.

Esta, posiblemente, se limitará a amagar una invasión, sin ejecutarla a fondo; pero si los italianos creen que la victoria ha de ser de sus aliados, no vacilarán en empeñar las fuerzas suficientes para poder recabar, el día del reparto del botín, la máxima recompensa a su lealtad. Por ahora es aventurado predecir lo que acontecerá en esta frontera; cuando conozcamos las primeras medidas militares que adopte Italia, tendremos mucho camino adelantado para presumir el giro que tomarán las diferentes campañas, porque los estadistas italianos se distinguen por la clarividencia de sus juicios y por lo exactamente que miden el pro y el contra de sus alianzas e intervención.

6.º *Resumen.* — En los teatros terrestres, la clave está en el choque franco-alemán. La importancia de los demás es secundaria; la acción rusa no será eficaz, sino a condición de que la guerra entre Francia y Alemania languidezca y se prolongue sin resultados decisivos.

IV. — Las primeras operaciones probables en el mar.

La flota inglesa ha de tomar como primer objetivo el cerrar a la escuadra alemana el paso al mar del Norte. Si lo consigue, la seguridad de Inglaterra será absoluta, y esta nación podrá tranquilamente llevar la guerra a las colonias, con poco peligro y óptimos frutos. Sólo en caso extremo, sin embargo, y llamando antes en su ayuda a la flota francesa, se arriesgará Inglaterra a exponer su escuadra en una batalla naval. Un acorazado inglés a pique supone para la Gran Bretaña un quebranto más serio que para Alemania la pérdida de diez de sus unidades, puesto que el poderío británico se funda exclusivamente en la flota, e Inglaterra sin escuadra quedaría a merced de cualquiera otra Potencia. Es de creer, según esto, que Inglaterra no abandonará su costumbre de amenazar, sin comprometerse, e intimidar sin apenas disparar un cañonazo. En esta ocasión, hay que reconocerlo, si Alemania quiere llegar al mar del Norte, habrá sonado para la Gran Bretaña la hora crítica y tendrá que echar en la balanza el peso de todos sus barcos, suceda lo que suceda; no pasará de ahí, ni se acercará a las costas alemanas si antes no ha quedado el mar desembarazado de enemigos. Conseguido este primero y capital objetivo, Inglaterra se preocupará de reafirmar su supremacía en el Mediterráneo.

Imprudencia y temeridad notoria sería la acción de la escuadra alemana contra la inglesa. Más cuenta le tendrá atacar a la rusa y destruir sus bases navales del Báltico. A una ofensiva aventurada habría de preceder la derrota de Francia, en tierra por Alemania y en el mar por Italia.

La escuadra francesa girará dentro de la órbita

que le trace Inglaterra, mostrando su actividad en el mar del Norte y manteniéndose a la expectativa en el Mediterráneo. Lo mismo harán Italia y Austria, sin perjuicio de aprovechar cualquier ocasión propicia, reservando sus barcos para arrancar el mayor fruto posible de la victoria o aminorar los efectos del vencimiento. Y en cuanto a la rusa, bastante tendrá que hacer con mantener libre la navegación a lo largo de las costas de su imperio.

En resumen, suponiendo que Alemania conserve la serenidad, la guerra marítima no revestirá los caracteres empeñados de la terrestre. Todas las Potencias tienen mucho que perder allende los mares, para que abandonen sus posesiones—que a ello equivaldría la pérdida de las escuadras—a otros pueblos de Asia y América.

Los primeros choques importantes tendrán lugar en el Báltico, entre las escuadras alemana y rusa.

V.—El valor de los ejércitos beligerantes

En esa impresión general del comienzo de la guerra no tiene cabida propia y adecuada la enumeración de los elementos de combate con que cuentan los beligerantes. El cuadro del número de batallones, baterías, regimientos de caballería, aeroplanos, dirigibles, ametralladoras, etc., no da idea de la realidad, ni sobre él puede fundarse ningún vaticinio aproximado.

En el valor de un ejército influyen muchos factores, morales y materiales, y el número sólo interviene de un modo decisivo cuando están aproximadamente igualados los demás elementos. El alto mando y el soldado tienen más importancia que el número, y aun que la calidad de las armas.

El alto mando, generalato alemán, goza fama de ser el primero del mundo; sólo se llega a él, por punto general, después de méritos muy probados, y se le somete a duras y frecuentes pruebas; posee la inapreciable ventaja de estar en todo tiempo consagrado al mando, a las funciones directivas, al manejo de tropas, y practica sus funciones en grande escala; sujeto a inspecciones rigurosas, se separa del servicio activo, sin contemplaciones, al general que en maniobras o en cualquiera otro acto del servicio no se muestre a la altura de su misión.

El generalato francés, aunque no tan escogido, es también muy competente, y cuenta en su seno con militares que pueden rivalizar, y acaso superan a los mejores de Alemania. Es verdad que sus funciones no gozan de la amplia libertad con que las ejercen sus rivales, pero, con todo, los generales franceses, en conjunto, no pueden clasificarse en un plano inferior al de los alemanes.

El generalato ruso deja bastante que desear, porque en gran parte se llega a él por los caminos de la influencia, del favor y del nacimiento, carece del hábito de rápida resolución y de la costumbre de arrostrar responsabilidades, por lo que no deben esperarse de él grandes iniciativas, ni decisiones radicales que cambien en pocas horas la faz de los sucesos.

Muy competente también es el generalato italiano, pero no llega al alemán, ni al francés; el austriaco tiene algún parecido con el ruso, porque si bien es más resuelto, en compensación no tiene tanta cos-

tumbre de manejar fuerzas; el británico cuenta con algunos generales muy distinguidos, pero en conjunto es inferior al de las demás potencias.

El soldado francés, cuando está bien mandado y le sonríe la victoria, es tan apto para la ofensiva como para la defensiva, sobrio, resistente, tenaz, bravo; pero se desmoraliza fácilmente y pasa sin transición del entusiasmo al desaliento. Entre todos los de Europa es el que da mejores y más abundantes señales de iniciativa y del que se puede sacar mejor partido en el combate individual.

Se distingue el soldado alemán por su resistencia física, su sólida disciplina, su profunda instrucción y la cohesión que imprime a los cuerpos armados. Individualmente le supera el soldado francés, más inteligente y despierto; pero encuadrado en un regimiento, el alemán no cede a nadie en bravura y en perseverancia.

Aunque no en tan alto grado, el soldado italiano está adornado de las mismas cualidades que el francés; el austriaco es inferior, bastante inferior al alemán, y muy poco mejor que el ruso; éste no tiene condiciones para el combate en orden disperso, porque es pasivo, carece de iniciativa, es tardo en pensar y ejecutar; en cambio, en la defensa de posiciones y en los movimientos en masa o en orden cerrado, se dejará matar antes que ceder si así se le ordena. El soldado inglés, mercenario, no puede compararse con sus camaradas del continente.

Como un ejército no es una máquina, ni un cuerpo mejor o peor organizado, sino que lo que le imprime carácter es su espíritu, su alma, ha de agregarse que el ejército alemán es el que posee el alma más robusta. El respeto al oficial, la subordinación, la obediencia natural, no forzosa, al superior, reinan en Alemania como en ninguna parte; el militar goza allí de una consideración extraordinaria y ocupa una situación privilegiada en la sociedad, de suerte que el oficial posee una fuerza moral de que apenas se tiene idea fuera de aquel Imperio. Esto da al ejército una fuerza y una cohesión extraordinaria, porque como va además atornillado por la pericia y el saber, el soldado tiene ciega confianza en el oficial, lo mismo que éste la tiene en el general.

En este concepto de la cohesión, sigue al ejército alemán el ruso, viniendo en segundo término los restantes, y en último lugar el austriaco.

En resolución, los dos ejércitos más adiestrados, mejor instruidos, más capaces, son el alemán y el francés; pero así como éste puede deshacerse y desalentarse si sufre un par de derrotas, el ruso sufrirá impávido, sin conmoverse, los más graves contratiempos. Los reveses llevarán el desconcierto, no al soldado, sino al general, al mando, en el ejército austriaco, y serán soportados con relativa resignación en el italiano y en el inglés. Por consiguiente, la guerra más tenaz, más dura, más larga, si no intervienen, que sí intervendrán, otros factores, será la que se desarrolle contra Rusia, mientras que en la de Francia e Inglaterra contra Alemania e Italia, la decisión será más rápida.

VI.—Primeras operaciones militares.

Antes de la declaración de guerra, el gobierno francés dispuso que sus destacamentos de la frontera

retrocedieran a ocho kilómetros de ésta, para evitar todo incidente que pudiera precipitar los acontecimientos. Sin duda para obtener el mayor provecho de los tratados internacionales, deseaba Francia aparecer como agredida en vez de agresora. Sea en la misma frontera, sea a alguna distancia de ella, cada uno de los beligerantes tiene una especie de cordón de tropas, formado por pequeños destacamentos que se mantienen en continua movilidad, dedicados al doble objeto de observar los movimientos del enemigo y ocultar los propios. Es claro que estos destacamentos, al practicar sus reconocimientos, han de ponerse en contacto y librar pequeñas escaramuzas, que ni tendrán importancia ni ejercerán la menor influencia en el desenvolvimiento ulterior de la guerra. Algo más atrás, numerosos cuerpos de caballería, estacionados hace tiempo en puntos convenientes, despachan a su vez patrullas montadas, cuyo efectivo puede llegar a varios escuadrones, las cuales se internarán sin vacilar en el territorio enemigo para recoger datos más seguros. Todos esos reconocimientos nada tienen que ver con los que la misma caballería, auxiliada por aeroplanos y dirigibles, emprenderá cuando, terminada la concentración, se inicie el avance estratégico.

De consiguiente, los relatos que en los primeros días aparecerán en los periódicos sobre choques y combates, a los que se llegará a calificar de batallas, no serán más que simples encuentros entre las tropas de cortina, y no merecen ser tenidos en cuenta, ni siquiera reseñados, toda vez que cuando empiecen las grandes operaciones, no transcurrirá día sin que se repitan esas acciones, que nadie cuidará de describir, porque realmente no lo merecen.

En particular hay que desconfiar de las noticias que refieran grandes combates en la frontera rusa. Claro es que la opinión pública francesa se animará

y confortará si se le hace creer que sus aliados han entrado ya en línea y llevan el espanto al territorio alemán; pero es absolutamente imposible que tales hechos sean ciertos ni que se realicen antes de algunas semanas; lo único que cabe, en ésta como en las demás fronteras, es la incursión de pequeños destacamentos que se envían para tratar de levantar la cortina que oculta los preparativos del enemigo.

Conviniendo a los alemanes precipitar la guerra en el Oeste, para resolverla antes de que Rusia esté completamente apercebida, claro es que el interés de los franceses estriba en todo lo contrario, esto es, en aplazar las grandes batallas hasta que en el otro teatro de la guerra se deje sentir la acción de los rusos. Pero como no cabe retroceder indefinidamente, porque París quedaría al descubierto, se impone un choque formal entre franceses y alemanes entre el 10 y el 15 de agosto, seguido de otros todavía más importantes. Ningún encuentro de interés tendrá lugar, entre tanto, entre rusos y alemanes; ese plazo es de suponer que lo aproveche Austria para activar sus operaciones contra Serbia; aunque las tropas de ésta se retiren más al interior, y amenacen los rusos, los austriacos obrarían torpemente aplazando la ofensiva al S. del Danubio, toda vez que, como ya se ha dicho en otro epígrafe, las provincias eslavas se alzarían más o menos parcialmente.

Por ahora no hay que esperar sucesos de trascendencia. En la próxima semana estará terminado o a punto de terminar el despliegue estratégico, y entonces comenzarán las grandes operaciones franco-alemanas; para la misma época se reñirán los primeros encuentros serios entre austriacos y serbios.

JUAN AVILÉS,
Teniente Coronel de Ingenieros.

4 de agosto de 1914.

EL CONFLICTO AUSTRO-SERBIO

Efectivos militares de Austria-Hungría y Serbia.—Ofensiva austriaca

Van transcurridos ya muchos años que la monarquía del Danubio azul se desangra por tres heridas: Solferino, Koeniggratz y Meyerling; desde el 28 de junio una nueva ha venido a aumentarse a las anteriores: Sarajevo. Aun no ha encontrado el cirujano que las cauterice; y lo maravilloso es que por más que se desangre y la fiebre la sacuda, no toca las puertas de la tumba y la vetusta casa de Habsburgo continuará, quien sabe hasta cuando, siendo incubadora de príncipes y majestades.

El Archiduque heredero ha caído asesinado por uno de los súbditos de Pedro Karageorgewitz, y la doble monarquía, al fin cansada de tolerar los atrevimientos de la Serbia bárbara, ha desenvainado la espada y, con ella en la mano, exige satisfacción amplia. Muy duros son los términos de la nota austriaca al gobierno serbio, pero no podía ser de otra manera. Austria está amparada por la blanca diosa de la justicia y el dios del derecho.

¿Aceptarán Serbia las exigencias austriacas o las

desechará de plano? Esto es lo que hoy se pregunta todo el mundo. El horizonte europeo está gris, todo huele a pólvora, y hasta este momento no se puede preguntar si tendremos la «paz o la guerra».

Veamos ahora la situación militar de ambos adversarios.

Potencia militar de Austria-Hungría.—El efectivo del ejército austro-húngaro, según la nueva organización, monta a 414.000 = 08 de la población (380.000 tropa y 34.000 oficiales), repartido en 16 cuerpos de ejército con 49 divisiones de infantería y 10 de caballería. En total la fuerza de combate suma 683 batallones de infantería y cazadores, 358 escuadrones, 316 baterías de campaña, 24 a caballo, 26 baterías de montaña, 28 de obuses pesados, 92 compañías de artillería de fortaleza, 32 compañías de ingenieros, 43 de zapadores, 115 escuadrones de tren, además tropas de sanidad, etc. Cada cuerpo de ejército consta de 50.000 hombres y 20.000 caballos. El cuerpo de ejército se compone de 2 a 3 divisiones; de las 3 divisiones de cada cuerpo de ejército 2 son de línea y una de landwehr; entendiéndose que los landwehr austriacos y honved húngaros son unida-

des constituídas con sus reemplazos correspondientes. La división de infantería consta de dos brigadas cada una con 12 a 16 batallones, 2 a 3 escuadrones, de la artillería de división, 8 a 10 secciones de ametralladoras y las columnas de combate correspondientes; en total 15.000 hombres, 450 caballos y 42 cañones. La división de artillería comprende 5 baterías de cañones a 6 piezas cada una, 2 baterías de obuses (12 obuses). La artillería es buena. Los cañones de campaña sistema austriacos mod. 5 tienen el tubo de bronce comprimido, un calibre de 7,65 mm. y el retroceso sobre la cureña; los obuses de campaña modelo 99 de 10,4 cm. Además existen dos baterías de obuses pesados de 15 cm. cada uno a 4 piezas.

Austria-Hungría tiene su especialidad en las tropas de montaña que componen 14 brigadas compuestas cada una de 3 a 5 batallones, con 6 a 10 ametralladoras, una batería de montaña (cañones de 7,25 cm. descomponibles en 4 cargas), un escuadrón de montaña y una sección de telegrafistas de montaña. Las tropas de infantería están dotadas del excelente fusil de repetición Mannlicher mod. 5 de 7,8 mm.; las ametralladoras son sistema Schwarzlose. En caso de movilización 3 a 4 cuerpos de ejército y 1 a 2 divisiones de caballería formarán cada ejército. En la frontera serbia, en tiempo de paz, se encuentran el XII Cuerpo de ejército en Hermanstadt, el VII en Temesvar, el XV en Sarajevo. Detrás en segunda línea el VI en Kaschau, el IV en Buda Pest, el VIII en Agram y el XVI en Ragusa. El total de combatientes que puede poner Austria-Hungría es más o menos dos millones de hombres.

Potencia militar de Serbia: El ejército serbio, después de la última reorganización, consta en pie de paz de 80.000 hombres. El ejército de campaña puede llegar a 300.000 y con tropas de nuevas formaciones elevarse a 500.000 hombres. Comprende 10 divisiones activas, a las que se agregarán 5 de la segunda línea en caso de movilización. Las divisiones no formarían cuerpos de ejército sino ejércitos, lo que constituye para el ejército serbio una especial organización. Cada división comprende 4 regimientos de infantería de 3 batallones, un regimiento de caballería a 4 escuadrones, un regimiento de artillería a 9 baterías, servicios técnicos, tren, etc. Las divisiones de segunda línea tienen idéntica formación. Además hay que agregar una división de caballería, dos baterías montadas, artillería pesada y de montaña. La división cuenta con 17.000 fusiles, 36 cañones, 16

ametralladoras. El ejército en campaña presenta una fuerza de combate de 230.000 fusiles, 624 cañones, 236 ametralladoras. El armamento es bueno y moderno, los fusiles sistema Mauser mod. 99 de 7 mm., la artillería de campaña y montaña 7,5 cm. de tiro rápido y retroceso sobre la cureña, los obuses de 12, cm., toda la artillería es sistema Schneider-Creusot. Cuanto al material hombre, pruebas de su capacidad ha demostrado en la última guerra. En caso de movilización la única dificultad que encontrarán será en la requisición de caballos, que son muy escasos.

De no aceptar Serbia la nota de Austria la guerra será inevitable.

Austria tomará la *ofensiva* invadiendo el territorio serbio por dos costados: por el norte sobre el Danubio y por el oeste por Bosnia. Serbia se encuentra en una situación estratégica muy desfavorable y en el peligro de ser envuelta, desde el principio de la *ofensiva* austriaca.

Ciertamente que la frontera norte del Danubio, con su anchura de más o menos 1.000 metros y su profundidad de 7 a 10 metros, ofrecerá a la invasión un notable obstáculo, pero su extenso curso de más de 250 km., no podrá ser fuertemente defendido ni contrarrestar una *ofensiva* vigorosa. Las fortalezas serbias: Belgrado, Semendria y Klodova, que podrían ofrecer puntos de resistencia, son muy antiguas y carecen de valor militar. Así, pues, se puede dar por descontado el paso del Danubio por los austriacos, y para en el caso de que los serbios volaran el puente que une Semlin con Belgrado, el ejército austriaco podrá improvisar puentes de circunstancias, para lo cual el grupo de invasión norte llevará consigo bastante material de puente y tropas de pontoneros. Por Bosnia invadirán los austriacos con tropas de montaña.

Muy probable es que los serbios abandonen Belgrado y se retiren hacia el sur, para, desde ahí, tomar la *ofensiva*, lo que sería una aventura si no se hallan bastante fuertes para habérselas con los austriacos invasores. Pueden también desarrollar una defensiva en el sur haciendo la guerra de montaña y entonces se encontrarían frente a un adversario que tiene fama de ducho en esta clase de guerras.

J. C. GUERRERO.

Berlín, 24 de julio 1914.

Nota de la Redacción. — Los hechos han demostrado plenamente y en todas sus partes las acertadas predicciones de nuestro competente corresponsal en Berlín.

Toma de Lieja por los alemanes

Acaba de recibirse la noticia oficial de la toma de Lieja por los alemanes. En el número próximo daré interesantes detalles sobre las fuerzas belgas que la defendían y las del cuerpo invasor, y pondré de relieve la significación de aquel hecho: baste decir que los belgas confiaban en que el campo atrincherado

resistiría tres meses, por lo menos, y les han bastado tres días a los alemanes para conquistarla.

También me ocuparé en la llamada batalla de Nancy.

8 agosto 1914.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros